

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Carlos Ortega

“70 años invocando a las musas del
teatro”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 68, abril-junio de 2024, pp. 55-56.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

¿Qué ha sido la Compañía de Teatro de la UV para mí? Ha sido un trabajo y aprendizaje permanentes, una vida de tablas con gente interesante, talentosa y muy divertida.

Llegué a Xalapa en 1981 con el maestro Raúl Zermeño, para el montaje de *La boda* de Bertolt Brecht, en donde conocí —hablando de personas talentosas— a Ernesto Pelón Bautista, un escenógrafo muy creativo que trabajaba con todo un equipo de realizadores competentes: car-

70 años invocando a las musas del teatro*

Carlos Ortega

Comprendí que el teatro es más que estar en escena, que el mundo del teatro es el mundo mismo, en donde todos cabemos y tenemos un papel: actores, artistas plásticos, músicos, bailarines y un ejército de trabajadores al servicio del espectáculo teatral; cada uno es un creador, especialista de una actividad específica.

pinteros, tramoyistas, electricistas, sonidistas, luminotécnicos, además del estupendo equipo de costureras comandadas por doña Austreberta, una sastra de primer nivel y conocedora del arte del vestir. Este equipo, al lado del director y los actores, hacían posible la magia del teatro; su trabajo fue siempre una parte decisiva del éxito de las obras porque era otro personaje.

Mientras *La boda* gozaba de gran éxito, se cocinaba *Lances de amor y fortuna* de Pedro Calderón de la Barca, bajo la dirección de Luis de Tavira, con escenografía de Arnold Belkin —un notable muralista canadiense-mexicano—. Aquella producción fue toda una escuela para mí: yo fungí como asistente, productor, jefe

de foro y traspunte. En ese hermoso quehacer aprendí lo que es la compleja ocupación del teatrista detrás de bambalinas o, como se dice, entrepiernas. Comprendí que el teatro es más que estar en escena, que el mundo del teatro es el mundo mismo, en donde todos cabemos y tenemos un papel: actores, artistas plásticos, músicos, bailarines y un ejército de trabajadores al servicio del espectáculo teatral; cada uno es un creador, especialista de una actividad específica y, a mi parecer, es esta división del quehacer escénico lo que hace profesional a una compañía.

Entre tantas cosas, también rememoro a una diseñadora de vestuario francesa: se llamaba Lucille Donay, una mujer que

manejaba el diseño de época a la perfección, conocedora de los diferentes tipos de tela y sus características; sabía escoger el tejido idóneo para el vestuario de cada personaje y manejaba como una maga los pigmentos para teñir y dar carácter a las telas. En fin, me doy cuenta de que por esta compañía ha pasado gente muy valiosa del ramo de la producción.

Y pues ¿qué decir de directores como el mismísimo Raúl Zermeño, fundador de la Facultad de Teatro, formador de tantos buenos actores? Un ensayo con Zermeño equivalía, entre otras cosas, a una excelente clase de actuación, y cuando tienes a un director de esa talla, no te queda más que escuchar y crear con libertad en un ámbito de completa confianza.

Por otro lado, trabajar con Luis de Tavira fue aprender que en el teatro no existe el “no se puede”; fue entender que “el teatro es un acto de amoroso amor”. Un ensayo con el maestro De Tavira era estar atento a la sapiencia y a la lucidez del hecho teatral. Cada ensayo con él era un cúmulo de información filosófica, histórica y científica. Fue todo un viaje trabajar con él.

Muchos otros directores han sido parte de esta historia

de 70 años de teatro. Cada uno dejó algo que fue conformando el carácter de esta compañía. No quiero dejar de nombrar a Rogelio Luévano, que en el corto tiempo que capitaneó este barco nos llevó a realizar teatro de cámara de un calado muy fino y trabajó con nosotros la actoralidad de lo íntimo; esto a diferencia de Enrique Pineda, quien logró excelentes espectáculos de gran formato y siempre con temas de tradición mexicana, como *Máscara contra cabellera*, la icónica puesta en escena que nos llevó a conocer desde su entraña el mundo de la lucha libre, el mito de la identidad secreta. Pienso en el arduo entrenamiento que realizamos en esta disciplina, y gracias al cual logramos rutinas de lucha ejecutadas espectacularmente por Rodolfo Alvarado, Dagoberto Gama, Rufino Echegoyen, Víctor Carpinteiro y todo un elenco de luchadores.

Veracruz, Veracruz fue otro proyecto pleno de sabor veracruzano, endulzado con son jarocho y huasteco. Otra producción de gran formato fue *Nuestro pueblo* de Thornton Wilder, bajo la dirección del maestro Manuel Montoro y con escenografía del maestro Guillermo Barclay. En esa ocasión participó toda la compañía, pero destacaron las actuaciones del maestro Francisco Beverido y la maestra Rosalinda Ulloa.

Hemos tenido también en el repertorio obras de Federico García Lorca, como *Los títeres de cachiporra*, dirigida magistralmente

por Francisco Beverido, donde brilló el trabajo actoral de mi compañero Héctor Moraz, con un cristobita simplemente fenomenal. También se contó con la presencia no menos brillante de Lupita Balderas y Manuel Fierro, actores fundadores del teatro universitario desde la época en la que se montó *Moctezuma II* y el famoso *Hamlet* en Xallitic.

También viene a mi mente la presencia del ya mítico Ludwik Margules, quien dirigió *Un hogar sólido* de Elena Garro. Aquel montaje fue un parteaguas en mi carrera como actor y me dejó una experiencia sustancial para profundizar en el texto, contexto y subtexto; es decir, que estudié a profundidad la palabra y la emocionalidad, hasta lograr, me parece, romper los moldes que aprisionaban mis sentimientos. Aprendí a no huir de mis emociones en escena. Margules fue, indiscutiblemente, un gran director de actores.

Sin lugar a dudas, uno de los montajes que alcanzó a tocar el techo poético ha sido *La visita de la vieja dama*, de Friedrich Dürrenmatt, bajo la siempre amable y certera dirección del maestro Alberto Lomnitz, y para el que contamos con la excelente actriz Lisa Owen como invitada.

Por otra parte, alguna vez Arturo Ríos también participó como actor en *El atentado* de Jorge Ibargüengoitia, a cargo del maestro Enrique Singer.

El trabajo con directores más jóvenes y quienes también son dramaturgos representó un gran

reto y llevó —durante estos 10 años de gestión del maestro Luis Mario Moncada— a importantes resultados. A mi parecer, tuvieron un lugar relevante *Psico/Embutidos*, de Richard Viqueira, y *Beisbol* escrita y dirigida por David Gaitán, por su originalidad y su formato muy lúdico, en el que cada función es diferente. En el caso de *Beisbol*, precisamente se montó para conmemorar los 60 años de la Compañía de Teatro. En ella participábamos actores y actrices veteranos y se entablaba una interesante competencia entre nosotros “por significar” y ser protagónicos; luchábamos por ser los mejores, teniendo como enemigos por vencer al tiempo y al azar. De esta obra ya trascendieron tres magníficos actores: Félix Lozano, Rogerio Baruch y Héctor Moraz, excelentes y entrañables compañeros.

Durante los últimos años hemos seguido en la batalla por alcanzar la poesía, por comunicarnos con todos los públicos posibles, en ocasiones con más éxito que en otras, pero siempre invocando a las musas. **LPyH**

* Texto leído en la ceremonia del 70 aniversario de la Orteuv (20 de octubre de 2023).

Carlos Ortega se inició en aspectos técnicos de música y efectos teatrales, y llegó a la actuación de manera casual. Trabajó con Emilio Carballido, Mercedes de la Cruz, Luis de Tavira. Actor titular de la Compañía Teatral de la UV desde la década de los ochenta.